

---

## PRÓLOGO

### I

**E**s una ley ineludible del progreso humano que las cosas vayan evolucionando hasta llegar á su final destino. Obedecen á este invariable principio todas las cosas que abarca el universo-mundo, tanto sujetos como objetos; ya se llamen casos metafísicos, ya cuestiones simplemente materiales.

No es de extrañarse, pues, que, en el terreno de las luchas, á la de espada haya venido á substituir la del pensamiento, desde el instante que, impelidos por la fuerza del desarrollo, los hombres van cambiando los elementos de combate. Antes de los últimos cincuenta años hubiera sido una paradoja emplear los argumentos del raciocinio para el cambio de los gobiernos, ó la implantación inflexible del imperio de la ley. Entonces, para llevar á cabo una medida semejante, era preciso convertirse en un Argos y presentar, en una mano las bases de la justicia y en la otra oprimir el gatillo de un revólver, ó bien empu-



ñar la espada, al mismo tiempo que los pies hacían funcionar á un cañón.

Las circunstancias de la época, ó bien la ceguedad de los hombres de antaño, hacían que la ley del terror imperase, y era soberano de los destinos, ó un audaz afortunado, ó un magnate que alegaba títulos de legítima grandeza para dominar á los seres cuyos medios no les permitían erguir la cabeza para sacudir el yugo que les flagelaba la cerviz. Tales el criterio respecto de las cosas ya idas de los defensores de aquel orden de cosas. Pero, examinadas estas teorías á la luz de la razón pura y conforme al rigor de una lógica serena y tranquila, nos resulta que, así vista la cuestión, la doctrina expuesta no inculpa, defiende: allí el filósofo no impugna, perdona; el historiador no examina y rechaza, consiente y tolera; el político no condena, dispensa, y el escritor, en vez de lanzar el anatema contra los autores de un orden simplemente punible ante la humanidad, todo lo atribuye al azar, como el tahir le atribuya su ganancia ó pérdida.

He ahí, pues, que los partidarios del pasado, apegados al ningún ápice de conciencia que les queda de las leyes del progreso, se entregan á las lamentaciones, cual si fuesen Jeremías, llorando sobre las osamentas de los cementerios. Los tales filósofos de corte antiguo no admiten la imprescindible ley de la evolución, ni es posible convencerlos de que, aceptando sus doctrinas religioso-políticas, todo tiene que ir tendiendo á la transformación, en marcha lenta y

gradual hacia el ascenso del perfeccionamiento. En tratando de cosas dogmáticas, ellos admiten un ascenso evolutivo, por lo que atañe á sus convicciones metafísicas; pero rechazan toda noción de adelanto, por lo que incumbe á las cuestiones tangibles. Esto mismo los hace llorar en presencia de un edificio viejo que se derrumba bajo el golpe formidable dado por la mano científica del ingeniero, quien lo convierte en un palacio moderno, lleno de las mejores condiciones para ser habitado conforme á la higiene. Alegan la desaparición de las reliquias históricas, los recuerdos de familia, las insignias características de una raza que ha vivido sumida en un profundo letargo durante cerca de cuatro centurias. Ver caer rodando las piedras, y el viejo corazón de esos ancianos niños late entristecido, cual si hubiesen perdido á algún ser de la familia. ¡Oh! La herencia de los antepasados tiene para ellos más encanto con sus defectos y todo, que los regios alcázares que majestuosos se yerguen en el hermoso Paseo de la Reforma. Con tal de conservar intacta la obra de sus mayores, son capaces de vivir en un muladar inmundo. Se les regocija el alma á esos viejos pensadores, cuando pasean por los suburbios de la vetusta ciudad de los aztecas, porque allí contemplan, extasiados, lo que ellos aman. . . . las casas asquerosas, levantadas en fuerza de las circunstancias.

Esta es la razón de que, teniendo ideas tan arraigadas, quienes mandaban por aquel entonces no oían razón de gobierno; para convencerlos, era preciso



apelar á algo más contundente: el único medio era la revuelta intestina. En vano surgían las protestas de los ciudadanos, pues los oídos de los gobernantes eran de mercader. Ufanos de las condiciones propicias en que los colocó la suerte, se burlaban de las quejas populares; escarnecían al pueblo hasta en sus lúbricos festines, porque con el despojo celebraban fiestas y banquetes.

## II

Aferrados en sus ideas, vanagloriándose de su cínico triunfo, nuestros respetables mayores ni oían ni pedían consejo. El poder y las riquezas eran administrados por las manos unguidas, incapaces, abandonando la órbita de sus deberes, de cumplir con éstos; porque es imposible que un sastre levante planos y construya caminos de hierro, y si tal pretende, perdiendo el tiempo, no logra ni lo uno ni lo otro.

Algo parecido les pasó á los jefes de aquella época aciaga á que vengo haciendo referencia: abandonando el altar, despreciando la salvación de las almas, se constituyeron en gobernantes civiles. Consecuencia lógica fué que ni llenaron las necesidades del pueblo moralmente, ni pudieron hacerlo feliz en lo civil.

A pesar de todo, no obstante su notoria incapacidad para el gobierno, no soltaban la presa. El pueblo, desesperado de una situación anómala, apeló á todos los medios que tuvo á mano, á fin de conven-

cer á aquellas gentes de tantos errores; mas los resultados eran los mismos: fracasaba toda tentativa. La respuesta era pueril y hasta atrevida: «nosotros gobernamos por mandato divino, y el Evangelio tiene sus principios fijos é inalterables. Expuestas en los Sagrados Textos las leyes del progreso, no es posible avanzar más allá de lo que allí se indica: toda evolución es diabólica.»

Pensando así aquellos hombres, confirmaban la condenación de Colón por el Santo Sínodo, la prisión de Santa Teresa por los inquisidores, el martirio de Atahualpa por aquellos «*santos conquistadores y catequistas*» del Perú, la fritanga de Cuauhtemoc, por hereje empedernido, al no querer autorizar la ley del robo. Porque ellos negaban, con sus hechos y con sus razones, el principio de la evolución. Debía para ellos el hombre permanecer en *statu quo*: tal es la razón del dogma.

Probablemente que, al argüir y proceder así, desconocían las leyes precisas que en el orden de la naturaleza rigen á todos los seres criados, sin exceptuar á ninguno, y confundían—y sus secuaces aun confunden—el sujeto con el objeto, las personas con las cosas. Establecían las mismas reglas lógicas para deducir conclusiones, respecto de una idea que de un individuo pensante; de lo que provenía que sometían á la misma ley la producción y el sujeto que produce.

Es natural que tal pasara. Haciendo desaparecer esa involuntaria confusión, habría que destronar á los que, ultrajando los derechos civiles del pueblo, lo re-



ducían á la mísera condición del esclavo, en nombre de una doctrina mal entendida; porque se proclamaba el nombre de Cristo, de ese sabio divino incapaz de dictar leyes para hundir á los que vino á salvar, tan sólo para lograr ambiciones, satisfacer apetitos y alzarse sobre la muchedumbre, empuñando la antorcha del mando.

En rededor de esa turba que pisoteaba los derechos de un pueblo; en torno de esa plebe refractaria á todo adelanto y que torcía la inteligencia de los Sagrados Textos, profanando la sublimidad del dogma católico y formando un código netamente distinto del cristiano, se fué estableciendo un pueblo de voluntad autómeta, afeminado y débil, que, inclinada la cabeza, estaba hecho para obedecer. Increíble parecía que los descendientes de una raza tan belicosa como la azteca, se prestasen á tanta abyección, pues se notaba la degeneración tanto en mandatarios como en mandados; unos y otros habían perdido toda vergüenza: los primeros, porque se habían constituido en verdugos, y los segundos, porque, olvidando su glorioso pasado, habían prestado obediencia á los tiranos.

## III

Este era el estado del país cincuenta años atrás. Pero, por una indicación eminentemente providencial, aquel pueblo se cansa y convierte en campo de lucha los lugares que antes le servían de oración. A

la mente exaltada por la indignación nada resiste: el hacha vengativa, la espada temida, todo lo devastan; y el que había monopolizado el poder cae rodando por los escaños de su trono, en su propia sangre bañado.

Desde entonces hasta hace apenas unos veinticinco años, el país era una hoguera incendiaria de guerras intestinas. Escalaba un gobernante el poder, como consecuencia de la lucha que antes había sostenido, pero ufano de su repentino triunfo y vanagloriándose del puesto, cometía sus tropelías, infringiendo el espíritu de la ley.

De este modo, los cambios eran frecuentes, ya sean impulsados por las diversas facciones del partido vencedor, ya por el rencor encerrado del partido derrotado y caído, que, no conforme con su suerte, respiraba por la honda herida que le produjo el adversario. Espíritus tumultuosos, almas inquietas, constantemente amenazaban la tranquilidad de la república, despertando revueltas, agitando pronunciamientos y lanzándose á las asonadas de pequeños pueblos indefensos cuyos habitantes eran despojados de sus tesoros, para subvenir á los gastos de las continuas luchas contra las autoridades legítimamente constituidas.

Casi todo el período que media entre el año de 1850 hasta el de 1883, que entró á fortalecerse el actual orden de cosas, se componía de disturbios de más ó menos significación. Pasada la guerra de la Intervención francesa, que concluyó con el fusilamiento de



Maximiliano, se anunció nuevo período álgido para el país. Los militares que habían tomado parte en la guerra contra las tropas de Napoleón III, no podían estar quietos, aspiraban al poder; hasta que un hombre extraordinario acabó con aquellas ambiciones dispersas que peligraban la tranquilidad nacional, impidiendo el desarrollo de la riqueza pública.

## IV

Muertos los cabecillas que capitaneaban los tumultos, instaló sus tiendas la paz. Durante un período de más de veinte años, en vez de los disparos de los cañones, se oye el silbar de la locomotora, y la lucha sangrienta se ha convertido en la lucha por la vida. El elemento poderoso de los dineros, poseedor de títulos y fueros, por un cuarto de siglo vivía silencioso, dando apenas señales de existencia, consagrado á construir cajas fuertes para sus riquezas.

Mas—también obedeciendo á las leyes de la evolución—últimamente, debido á la edad avanzada de quien por más de un cuarto siglo ha gobernado el país, los partidos políticos despiertan de nuevo, y se lanzan á la lid; sólo que en las épocas pasadas combatían á punta de espada, y ahora la lucha es de otra índole: de club y academia, porque al poder militar se le quiere substituir con el poder del argumento; á la fuerza bruta se pretende anteponer la de la palabra.

Con esto, las opiniones se dividen; se forman asam-

bleas, se convoca á congresos y se lanzan proclamas. Unos luchan por el bien común, por los intereses de la república; pero los más quieren salvar sus propios intereses, aunque finjan defender á la patria con ardimiento. Aquellos van animados de los mejores deseos, y, agradecidos, se afilian al partido del actual gobernante, pretendiendo que siga en el puesto hasta que descienda á la tumba; éstos, alegando la defensa de la Constitución y la Reforma, en realidad, sólo aspiran al poder para medrar en él, para acaparar riquezas; pues son de afección semítica y están afiliados á los Cresos modernos, á los poderosos reyes del dinero, quienes consideran los puestos públicos como los mejores puntos estratégicos para acrecer capitales.

Y como quiera que el actual Presidente no ha de ser eterno y los ciudadanos están en la obligación de enseñar al pueblo el ejercicio de sus derechos constitucionales, todo hombre de buena voluntad debe contribuir con su menudo grano de arena al bienestar de la república.

He ahí el por qué de la aparición de estos PARTIDOS POLÍTICOS, cuyo objeto no es otro que el de dar á conocer á los políticos de hoy con el vestido que les corresponde.





Este libro debía haber aparecido hace un año, cuando la desaparición de dos periódicos y la renuncia de un alto personaje del puesto de ministro estaban en perspectiva; pero no creí oportuna la obra, temeroso de que los ánimos fuesen á exaltarse más.

Cuando la formación de la llamada Convención Nacional Liberal, convocada por los científicos, volví á tomar entusiasmo en mis primeras ideas, porque quería dar á conocer muchas cosas referentes á los nuevos convencionistas. Conocedor de los jefes del Partido Científico y de sus miras y tendencias, abrigaba la convicción plena de retratarlos, con lo cual pensé hacer, desde luego, un gran servicio á la nación. Pero de nuevo fué cohibida mi resolución. Pertenece yo entonces (seis meses atrás) á la redacción de un diario católico, cuyo programa se había anunciado como neutral, dándose tono dogmático en asuntos de política, no obstante—exceptuábase el director, persona seria, grave é ilustrada—de que sus redactores, encargados de esa sección, son punto más que ignorantes en la materia. Mi puesto me vedó cumplir con mis intenciones; pensé respetar el programa del periódico, creyendo de buena fe que aquel derrotero del diario era efectivo. Pero me engañé entonces—lo confieso sinceramente ahora.—

Me preocupaba en aquellos días la cuestión económica, y á ella dediqué toda mi atención, publicando

una serie de artículos sobre la materia. Y fuí notando que el diario iba cambiando de ruta: no obstante haber manifestado indiferencia por los partidos que se debatían la supremacía, se inclinó—y va inclinándose—hacia los científicos, al grado de atacar á los contrarios sin conocer sus actos. ¿Hacía esto de buena fe? Para mí aun existe el misterio.

Ya no al credo, sino á las personas fué dirigiendo el periódico sus ataques: para los científicos se convirtió en sacerdote, y para los contrarios, en verdugo.

Esta actitud no me la llegué á explicar, dado el carácter del periódico. Pero sí me expliqué la renuncia que presenté de mi puesto: no me fué posible tolerar la injusticia. Los deberes de la conciencia se llegaron á imponer, y me separé de aquel personal de pasiones ardientes, que lucha y no rebate, que lastima y no rechaza.

Callar no es posible, porque el patriotismo pide que se hable, y he ahí la razón de haberme resuelto al fin á publicar estos PARTIDOS POLÍTICOS, que espero serán del agrado de los verdaderos mexicanos.

Por ahora, no estoy afiliado á ningún partido de los existentes. Mas, si no pertenezco al reyismo, tampoco simpatizo con los científicos, tras de los cuales veo á los verdaderos enemigos de la república. Con esto, se verá que las opiniones aquí vertidas no pueden ser más imparciales.

Hechas estas advertencias, abre, lector querido, sin temor, y lee este libro, cuyo autor pertenece á un partido que se llama «Nacional Unionista,» espe-



rando que tú participes de su modo de pensar. No te amedrenten tus opiniones religiosas, porque ellas no saldrán lastimadas: la idea católica, bien concebida, es una nave que surge tranquila sobre la superficie de los mares, sin sumergirse obligada por la tempestad.

---



---

## CAPÍTULO I

### IDEAS GENERALES SOBRE LA POLÍTICA.—CÓMO SE ENTIENDE EN AMÉRICA.

**E**s incuestionable que la palabra política incluye una idea bastante compleja y de un orden meramente metafísico; y por esto mismo la comprensión es poco accesible á las inteligencias no avisadas en las cuestiones del gran mundo, ó, para mejor decirlo, en ese maremágnum de estudiada mentira.

Si es cierto que, al decir de un gran pensador, «ser político es ser embustero,» también lo es que, para embaucar, se necesita saber hacerlo; de lo contrario, sería tanto como engañar á rostro descubierto, ó fingir veracidad mintiendo. Tal proceder, lastimaría; porque, aunque el interlocutor comprenda que se le engaña, disimula el desagrado cuando el engaño proviene de un ardid de talento. En este caso, puede sufrir resignado, teniendo presente su derrota en un campo de lucha con iguales elementos.

No pasaría lo mismo, si, para obtener algo provechoso, se apela á la mentira simple y descarada; la que, en todo caso, lastima y hasta ofende.

Ninguno tendría el derecho de darse por ofendido